

Salarios y Mercado Común

La igualdad de los salarios no pasa de ser en estos momentos más que un buen deseo en el interior del Mercado Común; deseo en el que se insiste periódicamente, pero que nunca se resuelve. El salario femenino, por ahora, es inferior al de los hombres en 14 pesetas en Italia, 14,50 en Francia, 25,50 en Bélgica, 26,80 en Alemania, casi 32 en Holanda y 36 en Luxemburgo. En estos seis países las mujeres son más numerosas que los hombres. Las que trabajan tienen, en su mayoría, de catorce a veinticinco años. En ciertas empresas está estipulado (concretamente en Italia) que las asalariadas deben perder su empleo en cuanto se casan.

El color del dinero

China acaba de rechazar 600.000 dólares que le ofrecían los Estados Unidos como saldo de una deuda. Se trata del importe de unas comunicaciones telefónicas pedidas con cargo al destinatario desde hace dieciocho años por ciudadanos americanos con dirección a China. El gobierno Johnson había mantenido en secreto la decisión de liberar los fondos destinados a este pago y no dar visos políticos al caso, pero los chinos piensan, según parece, que, contrariamente a lo que se piensa, el dinero tiene color político.

El handicap del color

Se está llevando a cabo una investigación sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes inmigrantes de «color». Resulta que los jóvenes inmigrantes que han llegado en estos dos últimos años a la Gran Bretaña no encuentran o consiguen difícilmente trabajo a causa sobre todo de su desconocimiento del inglés. Los instalados en Gran Bretaña desde hace años que han estudiado en las escuelas inglesas llegan a situarse, aunque siempre les es más difícil que a los jóvenes blancos, aunque éstos ofrezcan peores condiciones físicas. Porque el hecho del color es un handicap tan fuerte como la enfermedad.

Publicidad comprometida

Las grandes compañías de publicidad americanas intentan introducir mensajes de alcance social en sus campañas montadas hoy sobre la norma: "Vender el producto y ofrecer el mensaje". (Y no "vender por medio del mensaje", como se habría podido creer). Se han planteado numerosos problemas: encontrar una clientela receptiva, a la vez, al mensaje y al producto, conseguir añadir un mensaje —moral y filosófico— a una publicidad sobre un dentífrico, utilizar el mensaje sin tener que renunciar al sexo, que hace vender desde frigoríficos a whisky. Se temía asimismo la reacción de los jóvenes, de los "estudiantes", que aún no han renunciado a comprar los productos de consumo necesarios y que podían echarse atrás ante mensajes sociales más bien conservadores. Ha habido una campaña especialmente eficaz: la de una marca de cigarrillos que insinuaba que el hábito de fumar era un asunto de conciencia personal.

¿Fin del pauperismo?

Los americanos pobres tienen una renta anual y media de 3.335 dólares

(233.450 pesetas) para una familia de cuatro personas, siendo la renta media de los demás 7.974 dólares (558.180 pesetas) al año. Pero, desde uno de los últimos discursos del ex Presidente Johnson, estos pobres no causaban ya temor a nadie. Bastará con que en seis u ocho años, y a razón de nueve mil setecientos millones de dólares por año, se extinga la pobreza en Estados Unidos si los ricos consienten en que se les arranque una pequeña parte de sus rentas. Por otra parte, el número de pobres norteamericanos ha disminuido en un cincuenta por ciento en los últimos ocho años. En 1960 eran cuarenta millones y actualmente son veintidós.

Drogas rebajadas

Si la policía de Detroit se preocupa algo menos de la droga no es debido a que el consumo haya bajado, sino a que la droga no es ya lo que era. Los revendedores la mezclan ahora con té, apio, orégano y otras plantas. Uno de los vendedores ha confesado que vendió hojas de té negro a veinte dólares la onza (los 28 gramos) sin perder por esto un solo cliente. Según la Policía de Detroit, los cigarrillos de marihuana que se venden corrientemente no contienen de este producto más que una cuarta parte.

Un tratamiento de la leucemia

Tres injertos de médula espinal llevados a cabo recientemente en tres hospitales de Estados Unidos han tenido un éxito total. Un niño de cinco meses, cuya vida estaba irremisiblemente condenada, ha recibido el trasplante de la médula de su hermana; una señora de treinta y tres años afectada de leucemia ha recibido la médula de su hermano y, finalmente, un niño de dos años, aquejado de una enfermedad rara y mortal de la médula, ha sido salvado por el injerto de cincuenta gramos de médula extraídos de su hermana de ocho años. Ya antes habían sido practicados trasplantes de médula entre gemelos, lo cual facilitaba el problema de los rechazos. En estas tres últimas operaciones, los donantes poseían médulas semejantes, aunque no idénticas a las de los receptores, y el hecho de que no se haya producido el rechazo constituye un enorme progreso, debido a años de investigación en laboratorio. Estos éxitos permiten esperar que pronto se llegará a la cura de la leucemia. El doctor Mathé, del hospital Paul-Brousse, de Villejuif, había demostrado ya hace años que los trasplantes de médula podían curar a los leucémicos, pero el problema del rechazo no había sido aún resuelto. Parece, pues, que esté a punto de resolverse.

Albornoz metálico

¿Aluminio para resguardar con calor a los recién nacidos? ¿Por qué no? Dos médicos londinenses (David Bacon y John W. Scopes) acaban de conseguir pequeños "albornoces" de hojas de aluminio y plástico para arropar a los bebés prematuros. La acción de la superficie, asociada a la de una capa de poliéster aislante, permite que estos niños, especialmente delicados, no pierdan nada de calor. Esta envoltura plateada tiene una aplicación especialmente eficaz en los trasladados, como lo es el de la clínica a la incubadora.

Iniciación a la historia



Nunca se insistirá demasiado en la ineficacia de los sistemas pedagógicos que han estado en uso durante toda una época en el orden de la enseñanza de la historia. Para el alumno que accedía a la asignatura, ésta se le convertía en una inacabable sucesión de reyes, nombres de batallas y fechas, de difícil retención en la memoria y a través de los cuales resultaba imposible crear una imagen justa de un momento concreto del curso de los acontecimientos de una comunidad o un país. Estas formas superestructurales, mal organizadas, mal relacionadas, mediatizadas por el esquema de referencias del autor o del profesor, impedían la comprensión racional de una situación determinada, y la historia se nos aparecía como una concatenación forzada de hechos gratuitos o internamente incoherentes.

Han cambiado las cosas. La metodología historiográfica se ha modificado radicalmente en los últimos años. No es preciso subrayar la importancia que al respecto han revestido las obras de Gordon Childre —entre otras muchas—, publicadas en España en los últimos años, en distintas colecciones. No es extraño, por tanto, que Eduardo Chamorro Turrez dedique al insigne historiador su último libro —Iniciación al proceso histórico—, cuya primera parte acaba de aparecer en la flamante «Editorial Halcón», y en cierto modo se inspire en su trabajo —en su método y en sus aportaciones interpretativas y descriptivas— para llevar a cabo esta breve e interesante obra, si la consideramos a nivel pedagógico.

Chamorro ha trazado un esquema de aménisisma lectura que abarca desde el paleolítico hasta la crisis de la sociedad esclavista romana, espléndida guía o introducción a un estudio más profundo de la amplia temática tratada. No es, por tanto, un ensayo establecido sobre supuestos originales, sino, más bien, un compendio de conocimientos expuestos con excepcional claridad, perfectamente accesibles al lector medio. El libro, muy breve, pertenece a la colección «9 por 18», que, a mi modo de ver, ha de alcanzar muy larga difusión.

LA VIDA COMO FIESTA

El mundo loco de Blake Edwards

Blake Edwards es uno de esos realizadores americanos cuya obra casi íntegra ha ido llegando a pantallas españolas sin excesivos sobresaltos cronológicos. Las primeras películas suyas exhibidas en nuestro país —«La pícara edad», «Vacaciones sin novia»,

LIBROS

Retorno a Machado

Muchos son los estudios dedicados a la obra de Antonio Machado en los últimos tiempos; unos, realmente profundos aunque tal vez demasiado sometidos al esquema ideológico de sus autores, otros, breves y penetrantes, algunos de no muy alto valor —preferimos no citar nombres en ninguno de los casos—; todos ellos revelan la extensión alcanzada por la preocupación crítica centrada en una obra poética que, a nuestro modo de ver —y a pesar de ilustres opiniones en contrario— ha influido poco en la poesía posteriormente producida. A Machado se le ha admirado más que seguido, se ha valorado su perfil humano, su conciencia clara y su firmeza, más que las perspectivas estéticas, cuya apertura ciertos críticos le atribuyen. Ahora salen a manos de nuevos lectores sus «Soledades» —Taurus Ediciones, Colección «Temas de España», con una breve pero bien planteada introducción de Rafael Ferreres, en la que se examina someramente, pero con imparcialidad, la trayectoria poética machadiana.

Ferreres analiza con acierto las influencias que pesaron sobre el primer Machado, y las posteriores. Según mi parecer, en escasas ocasiones —no en ésta, desde luego— se ha señalado con fuerza suficiente la gravitación que ejerció sobre el pensamiento de Machado su lectura de los primeros filósofos de la existencia, especialmente de Heidegger, ni tampoco la hondura de su propia filosofía, poéticamente expresada, mayor, en mi opinión, que la de otros filósofos formales más brillantes.

Espereamos que de este retorno a Machado, tan patente, como hemos dicho, en los últimos años, y expresado ahora en la reedición de «Soledades», nazca una comprensión más exacta de la auténtica significación de la totalidad de su obra poética y en prosa, y una valoración más correcta de su pensamiento. ■ E. G. R.



EN PUNTO

cuenta sobre todo en el terreno de la comedia sofisticada cada día más tendente hacia el puro «slapstick», fuera retenido. Se trataba de un film de «suspense», en el que el realizador llevaba a cabo un auténtico «tour de force» —el título original era «Experiment in terror»— partiendo de un esquema convencional superado gracias a una perfecta adaptación y a un brillantísimo ejercicio de puesta en escena. Luego llegó «Desayuno con diamantes», inspirado en la novela de Truman Capote, que si perdía buena parte de la carga crítica de la base literaria original, ofrecía, en cambio, un retrato agri dulce y melancólico de unos personajes centrales desadaptados. En «Desayuno...» aparecía una de las fiestas más fabulosas del cine de los últimos años y, en consecuencia, una de las mejores fiestas del cine de Edwards.

Porque la fiesta ha sido, desde sus comienzos, uno de los temas mayores, claves, del realizador. Si ya en «Vacaciones...» la película entera era una fiesta, la que se le ofrecía al soldado Tony Curtis, destacado en el Polo, para que se identificaran con él sus compañeros que permanecían en el destacamento, fiesta había también en sus films posteriores, incluidos los dramáticos. A través de la fiesta Edwards, analiza sin crueldad, pero con luz absoluta, los elementos más tópicos, los supuestos más inmovilistas de la sociedad americana. Si, precisamente, lo que fallaba en las obras de Edward más «clásicas» era la historia narrada, a medida que el realizador ha ido liberándose del argumento, construyendo sus films como series de escenas ligadas antes que otra cosa por un personaje, su cine ha ido haciéndose más vivo, más eficaz y también más personal. «La pantera rosa», uno de sus films más brillantes, llevaba aún el peso de la historia de amor, excesivamente romántica e idealizada, pero apuntaba ya el que había de ser el camino definitivo de su autor, después de los incisos dramáticos de «Chantaje...» y «Días de vino y rosas». A partir de entonces cada uno de sus films supone un paso adelante en la vía emprendida, y si quienes habían alabado la «poesía» de «Desayuno...» —precisamente lo más débil del film—, torcieron el gesto ante la libertad de imaginación cada vez más desenfrenada de «El nuevo caso del inspector Clouseau» y de «La carrera del siglo», quienes habían visto en Edwards uno de los escasos auténticos autores cómicos de la actualidad vieron confirmadas sus teorías.

«La carrera...», concretamente, estaba dedicado a Stan Laurel y Oliver Hardy, dos maestros subvalorados del cine cómico, ese género a su vez «maldito» del que la crítica con pretensiones intelectuales apenas si salva a



Chaplin, y no por lo que tiene de mimo genial, sino por su dudosa calidad de pensador, mientras se olvida sistemáticamente a figuras señeras como Buster Keaton, Harry Langdon, W. C. Fields o los Hermanos Marx. Con ello y con la colaboración de los excelentes actores Jack Lemmon y Tony

Curtis —este último uno de los predilectos de Edwards antes de su «descubrimiento» de Peter Sellers—, Edwards rendía homenaje a la vieja fórmula, nacida en el «music hall», de la pareja cómica, que seguía empleando, aunque con parejas intercambiables, en «¿Qué hiciste en la guerra, papá?». En «El guateque», su último film terminado, abandona el procedimiento para, dando aún un paso más, inspirarse directamente en los más grandes intérpretes-autores del cine cómico, y concretamente en Keaton, partir de una situación única, precedida de una secuencia de presentación del personaje —como ocurre en los mejores films de Keaton, y particularmente en «El crucero del Navigator»— y desmenuzar, una tras otra, todas sus posibilidades.

En este caso se trata —no podía, prácticamente, ocurrir de otro modo— de una fiesta. Lo que en películas anteriores era una parte es aquí el todo. Sellers, que compuso para Edwards el personaje inolvidable del inspector Clouseau, es ahora un hindú que se ha trasladado a Hollywood y que, después de provocar innumerables catástrofes en la película —parodia de «Los tres lanceros bengalíes»— en que interviene, es invitado por error a casa de su productor. Si, en primer grado,

el film puede considerarse como una sátira del mundo convencional del cine, en segundo va más allá, hasta serlo de todo un modo de vivir. Empleando a Sellers con extraordinario talento, jugando con las tres posibilidades de «gags» más clásicas —lo que se espera que ocurra y no ocurre, lo inesperado que ocurre y lo que se espera ocurra y efectivamente ocurre—, Edwards rinde homenaje a un cine desaparecido sin incurrir en la «aplicación» y el calco en que caía Kramer en su «Mundo loco, loco, loco, loco» y hasta cierto punto él mismo en «La carrera...». «El guateque» es, en suma, una de las pocas películas auténticamente cómicas de los últimos años, comparable a las mejores de Lewis y Tashlin, autor este último, por otra parte, con el que Edwards tiene más de un punto de contacto, desde el modo de enfrentarse a sus personajes con un deshumanizado mundo objetual hasta la utilización de procedimientos originarios del dibujo animado, pasando por la presencia en la pantalla de animales insólitos en el lugar en que se encuentran. Blake Edwards, cineasta de la fiesta, ha hecho un film que es una fiesta, en el sentido en que lo era París para Ernest Hemingway. ■ C. S. F.

